

La literatura en Baja California: tendencias, propuestas y protagonistas

GABRIEL TRUJILLO

Universidad Autónoma de Baja California

Si se quisiera hacer un corte actual de la literatura bajacaliforniana para poder precisar las circunstancias que le han dado origen y los elementos que la conforman, lo primero que saltaría a la vista es la enorme cantidad de autores, proyectos editoriales, corrientes creativas y foros de expresión que confluyen en un mismo objetivo: el desarrollo literario de la entidad. Si fijara uno más la vista en este panorama, sería el alto nivel cualitativo de las obras que en los últimos tiempos se han dado a conocer en Baja California. Y tal hecho es el que constituye la diferencia fundamental entre la literatura actual y la de la época pasada.¹

Todavía en los años sesenta era evidente un enorme desfase entre lo que se escribía en Baja California y lo que se producía en los centros culturales del país, llámese Distrito Federal, Guadalajara o Monterrey. Alejados de las nuevas corrientes literarias aparecidas en México a partir del estridentismo y del grupo de escritores reunidos en la revista *Contemporáneos*, los literatos bajacalifornianos adoptaron el modernismo en la poesía y el naturalismo en la narrativa como escuelas a seguir.

¹ Si se hiciera una historia social de la literatura bajacaliforniana, ésta se dividiría en literatura indígena (tradición oral), misional (siglos XVII, XVIII y principios del XIX), del interregno (1834-1888) y contemporánea (de 1888 a nuestros días).

Ajenos a todo tipo de vanguardias y experimentalismos, como ellos denominaban a la literatura de su propia época, se mantuvieron fieles a corrientes literarias cuyos mejores frutos se habían dado decenios antes de que ellos las tomaran por modelo. Por supuesto, excepciones las hubo, como los transterrados españoles que se afincaron en el estado al finalizar la Guerra Civil Española (Abelardo Tona y Alfonso Vidal y Planas, entre muchos otros), o escritores mexicanos como Fernando Sánchez Mayans o Concha Urquiza, que vivieron una temporada por estas tierras. Pero ninguno trató de crear un movimiento colectivo que se manifestara en términos de calidad literaria, que perdurara más allá de casos aislados, esporádicos.

Las causas de este inmovilismo creativo son obvias: para la sociedad bajacaliforniana de aquellos tiempos, regida por la confianza absoluta en la modernidad y el progreso material, toda manifestación artística era una actividad secundaria, prescindible, sin utilidad ni beneficio aparentes. De ahí que los escritores de entonces —en su mayoría periodistas y maestros— buscaran reflejar tales ideales en sus obras y ensalzaran, en tonos épicos, las virtudes provincianas de su entorno (el honor, las buenas costumbres, el amor impoluto), como si cantando o describiéndolas pudieran hacer a un lado la realidad que habitaban, el ámbito fronterizo (con sus secuelas de violencia y explotación) que abarcaba todos los estamentos de su cotidianidad. Creían que la literatura era un arte edificante y bien intencionado, y escribieron sus obras de acuerdo con semejantes criterios.² Luego vendría una sucesión de publicaciones de autor, la creación de los talleres de las casas de la cultura y la oportunidad de lecturas y conferencias dadas por escritores locales y nacionales.

Como era de esperarse, fueron los jóvenes quienes rompieron con la petrificación literaria imperante. Las primeras tentativas hacia una literatura contemporánea se dieron con la aparición, a principios de los años setenta, del taller de poesía *Voz de*

² Ejemplos de esta clase de literatura son: *Calle Revolución* (1964) de Rubén Vizcaíno, *¡Mancha! Al olor de la sardina* (1972) de Miguel Ángel Millán Peraza y *Tradiciones y leyendas de Tijuana* (1973) de Olga Vicente Díaz.

Amerindia en Tijuana y con la publicación, en 1974, de la antología *Siete poetas jóvenes de Tijuana* de J. Cueva Pelayo. Luego vendría, ya en los años ochenta, la creación de los talleres del Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA), Secretaría de Educación de Baja California Sur (SEBS), Dirección de Asuntos Culturales del gobierno del estado (DAC) y de los de la Universidad Autónoma de Baja California (UABC) en todo el estado. La labor grupal de estos talleres trajo consigo un mayor nivel de lecturas e información cultural y un rigor escritural no conocido antes y debidos a la labor grupal de estos talleres. Sus coordinadores promovieron la decantación y el pulimento de los textos literarios, porque veían a la literatura como un oficio arduo y constante, como un compromiso vital y permanente.

Ya consolidados los talleres, el siguiente paso consistió en la publicación de los trabajos de sus integrantes. En 1979 se fundaron, para ello, las revistas *Hojas* y *El Último Vuelo*. La primera, promovida por la UABC en Tijuana y la segunda, por la Universidad Estatal de San Diego (SDSU). En 1981 se crearon en Mexicali los cuadernos del taller de literatura de la UABC. De ahí en adelante las revistas proliferan: *Vida Californiana* (Ensenada, 1984), *El Oficio* (Mexicali, 1985), *Travesía* (Mexicali, 1985), *Enlace* (Tijuana, 1986), *Espiral* (Ensenada, 1986), *Esquina Baja* (Tijuana, 1987), *La Ranura del Ojo* (Tijuana, 1986), *Revista de Humanidades* (Tijuana, 1988). Lo mismo sucede con las ediciones monográficas: las universidades (con la UABC a la cabeza), la DAC, la SEP (a través del Programa Cultural de las Fronteras), los municipios, etc., se lanzan a la tarea de publicar obras literarias de autores locales. O sea, que la literatura bajacaliforniana muestra ya una vitalidad considerable. El que se publique con tal profusión y en todas partes es una señal de que lo literario se ha impuesto como una de las formas de creación más importantes en el estado, junto con las artes plásticas y el teatro.

¿Cuáles son, entonces, las características principales de esta nueva literatura? Si vemos con detenimiento la poesía y la narrativa escritas durante los años setenta y ochenta, es notorio

que los escritores bajacalifornianos han leído minuciosamente la literatura mexicana más universal. Esto es, conocen la obra de Octavio Paz, Jaime Sabines, Juan Rulfo, Carlos Fuentes, José Emilio Pacheco, Gabriel Zaid, la narrativa de la onda, etc. Además, son deudores de la literatura anglosajona de este siglo: T. S. Eliot, Ezra Pound, James Joyce, Virginia Woolf, los *beats*, etc. Tienen, también, un gran interés por la poesía china y japonesa, por la literatura surrealista francesa, por la cultura del *rock* y por la narrativa del *boom* latinoamericano. Intereses y lecturas que comparten, por igual, con el resto de los escritores jóvenes de su generación que hoy escriben en cualquier otra parte del país. Tal vez la única diferencia en este campo es su cada vez más estrecho contacto —tanto personal como en obras literarias— con los escritores chicanos y norteamericanos del *Southwest*. Este contacto se ha establecido entre los escritores bajacalifornianos y autores residentes en California como Robert Jones, Harold Jaffe, Harry Polkinhorn, Guillermo Gómez Peña, o en otros estados sureños: Sergio D. Elizondo (Nuevo México), Alain Weismann (Arizona), para nombrar sólo algunos. El contacto ha dado por resultado encuentros literarios, lecturas colectivas y publicaciones binacionales que han contribuido, por encima de las diferencias conceptuales y lingüísticas, a un diálogo creativo entre ambas literaturas.

La literatura bajacaliforniana amalgama influencias disímiles, que van desde la diaria convivencia con la cultura estadounidense hasta los amplios movimientos migratorios que condicionan en la frontera estilos de vida y actitudes sociales. Todo ello influye, en mayor o menor medida, en los escritores locales, pero no necesariamente en su literatura. En todo caso, cada uno de ellos tiene su propia versión de lo que implica ser fronterizo: sus poemas y narraciones expresan mejor, sin necesidad de gráficas o estadísticas, nuestra condición de mexicanos en este confín de la nación.

Por supuesto, la literatura bajacaliforniana no es, ni quiere ser, una literatura enraizada en lo fronterizo. Muchos escritores, de hecho, la mayoría, no hacen de la frontera el tema de sus creaciones. Por el contrario, buscan realizar una literatura ajena a zozobras y temporalidades sociológicas, que dé cons-

tancia de visiones íntimas o realidades más profundas, menos evidentes.

Por ahora, lo que se puede afirmar es que en Baja California la literatura ha logrado una creciente madurez en un lapso relativamente breve. En menos de quince años la nueva generación de escritores (los nacidos de 1940 en adelante) ha cimentado por medio de publicaciones, foros culturales, talleres y escuelas, las bases sociales para que este nuevo movimiento cultural expanda su influencia y se retroalimente con la aparición de críticos y ensayistas que ubiquen los valores intrínsecos de la producción. Lo más trascendente es que tal proceso surgió de los propios creadores y ha repercutido, posteriormente, en las diversas instituciones encargadas del área cultural, propiciando una dinámica de creación-producción que ha continuado avanzado, en forma incontenible, hasta nuestros días.

Tal vez el cambio más significativo sea que hoy son los propios bajacalifornianos los que buscan expresar, explicar y cuestionar la realidad que les ha tocado en suerte vivir, su entorno vivencial. Esto ha revertido la tendencia imperante hasta los años setenta en obras de autores nacionales y extranjeros, donde nuestra entidad no pasaba de ser un simple y banal escenario fronterizo, el cual servía de pretexto para lucubraciones sobre la identidad nacional o era utilizado como telón de fondo para narrar tragedias migratorias o choques culturales. A partir de los años ochenta los escritores locales se convierten en la voz de la península, cantan su vida natural, relatan su historia, hacen la disección de sus comunidades, se transforman en los cronistas, en los cuenteros, en los poetas de una realidad que es la suya, de un mundo que les pertenece por haberlo vivido con todos sus prodigios y desventuras. Ellos son los que han hecho que nuestra literatura sea ecléctica y novedosa en sus procedimientos y propuestas.

Para comprender mejor qué caminos se han abierto en los últimos años y cuáles visiones han aparecido con mayor fuerza y vitalidad, consideraremos las principales formas de creación —poesía, narrativa y ensayo— en que la literatura bajacaliforniana se ha expresado, y mencionaremos a sus más significativos protagonistas.

Poesía

En los años ochenta destacan varias tendencias fundamentales. La primera es la de los escritores que participaron en la antología *Siete poetas jóvenes de Tijuana* y que continúan viviendo y escribiendo en el estado: Alfonso René Gutiérrez, Víctor Soto Ferrel, Raúl Rincón Meza y Ruth Vargas Leyva. Del resto de los antologados, Felipe Almada abandonó la poesía para dedicarse a la pintura. Luis Cortés Bargalló y Eduardo Hurtado emigraron al Distrito Federal, donde prosiguen su labor escritural. En los cuatro poetas que todavía residen en Baja California es manifiesta la similitud en la formación intelectual y la comunión de lecturas y aprendizajes. En todos ellos sobresale la lección poética de Octavio Paz y la capacidad de abstracción y trascendencia de la poesía oriental. Su temática apenas toca el mundo urbano; prefieren expresar el impacto visual que les ocasiona la naturaleza, *leitmotiv* de sus reflexiones y propuestas:

La Luz transparente hojas
la rosa en su vértigo me hace dormir
el sueño de los insectos.³

La segunda tendencia está representada por poetas que abrevaron en otras fuentes literarias para crear sus varios lenguajes, principalmente en la literatura surrealista, la poesía *beat* y las letras visionarias de las canciones de rock. Estos autores —Óscar Hernández, Roberto Castillo, Francisco y Marco Morales— buscan dar cuenta en sus textos de la realidad cotidiana que más los motiva: la vida urbana, con todas sus asperezas y milagros, el mundo fronterizo y sus relaciones de poder/opresión. Lo que les interesa es que su poesía sea una crónica —descarnada o irónica, violenta o apacible— de su propia sociedad, un recuento de las transformaciones y los conflictos que constituyen el diario acontecer de la frontera Norte de México. Libros como *Caldo de pollo* (1979) y *Nubes* (1983) de Óscar Hernández, *Blues cola de lagarto* (1985) y *Cartografía del alma* (1987) de Roberto Castillo, *La ciudad que recorro*

³ Víctor Soto Ferrel, en Trujillo 1985, 70.

de Francisco Morales y *Tijuana Rifa K/Z y qué* de Marcos Morales, conforman, por su lenguaje coloquial y por la fuerza de sus imágenes, un retablo de nuestras múltiples existencias, un espejo de nosotros mismos, donde se reflejan nuestros sueños, esperanzas y frustraciones:

Claxon de carros,
 la falta de agua,
 tardanza de quincenas,
 cateos domiciliarios,
 encarcelamientos y
 baladas sentimentonas,
 la libertad condicional
 y la muerte de los amigos,
 son algunas de las cosas
 que me disgustan,
 son
 ese algodón
 emergiendo entre las costuras
 de la muñeca de trapo
 que algunos llaman realidad.

(Castillo 63)

Una tercera tendencia la conforman aquellos que navegan con bandera de *outsiders* o que no aceptan quedar encasillados en ninguna de las tendencias antes mencionadas. Entre ellos encontramos a los poetas más individualistas, a los más eclécticos en sus propuestas y temática. De este grupo sobresalen Óscar Montaña y sus *Reflexiones en blanco y negro* (1982), donde el nihilismo toma carta de naturalización en nuestras tierras; Rosina Conde y sus *Poemas de infancia y adolescencia* (1982), que canta, con ira, con denuedo, contra las diversas formas de represión con las que se intenta someter a la mujer de nuestros días; José Javier Villarreal y su *Mar del Norte* (1988), que recrea con erudita imaginación un pasado tanto personal como colectivo: el Tecate de su infancia, la Tijuana de su adolescencia, la Europa Medieval de sus lecturas; Tomás DiBella y sus *Cristalazos* (1986), donde el poeta lucha contra las trampas racionales del lenguaje por medio de incontables paradojas que lo subvierten, o Raúl Navejas y su *Palabra perdida* (1984), donde el poeta es un transeúnte más, que vive

la ciudad como un sueño colectivo, como una pesadilla fantasmagórica. Esta singularidad expresiva la comparten poetas como Mara Longoria, Gabriel Trujillo Muñoz, Ana María Fernández, Edward Coward, Flora Calderón, Alfonso García Cortés y Alma Delia Fernández, entre otros muchos. Como se ve, esta última tendencia es mayoritaria en el ámbito poético bajacaliforniano. Aquí también deben ser mencionados aquellos poetas originarios del estado que residen fuera de él y cuyas obras de creación se inscriben en medios culturales diferentes al nuestro. Los ejemplos abundan: Ernesto Trejo, en California; Raúl Acevedo Savin, en Sonora; Luis Cortés Bargalló, Patricia Vega, Eduardo Hurtado y Jorge Ruiz Dueñas, en el Distrito Federal. A pesar de esta dispersión geográfica, todos ellos forman parte, por la índole de sus intereses temáticos, de la literatura bajacaliforniana contemporánea.

Narrativa

El hermano mayor de la narrativa bajacaliforniana actual es Federico Campbell, periodista y viajero incansable. Sus primeras publicaciones fueron libros de entrevistas; a la narrativa de ficción llega con *Todo lo de las focas* (1978) y *Pretextos* (1979).⁴ La primera es una novela corta donde Tijuana aparece bajo el cristal de la nostalgia. La segunda es una novela sobre la política y sus oscuros engranajes. Desde su adolescencia, Campbell dejó la entidad para no volver jamás a radicar en ella; el contexto real de sus publicaciones es el Distrito Federal. Pero su obra, tanto periodística como de ficción, ha sido una lección fundamental para los escritores bajacalifornianos posteriores a él. Lo mismo puede decirse de Daniel Sada, quien también reside fuera del estado. *Lampa vida* (1980), una novela de viaje cuyo personaje principal es su lenguaje eufónico y deslumbrante, y *Juguete de nadie y otras historias* (1986) lo

⁴ "Pretextos de Federico Campbell es una inteligente novela sobre las relaciones que se pueden hacer con el poder a fines de los años setenta. La suya es una escritura precisa y de gran efectividad, que descubre las trampas de la información periodística y trasciende su deseo expreso de ser policiaca para ser política" (Sefchovich 219).

han colocado en una senda creativa sólo comparable a la de escritores como Jesús García y Severino Salazar.

En cuanto a los narradores bajacalifornianos que viven en el estado y que han hecho su labor aquí, destacan, por la singularidad de sus creaciones, Rosina Conde, José Manuel DiBella, Edgar Gómez Castellanos y Luis Humberto Crosthwaite. Rosina Conde es la primera en plasmar la vida glamorosa y brutal de la Avenida Revolución en Tijuana, en su libro de cuentos *En la tarima* (1984). Su obra posterior es un ahondamiento en los oscuros intersticios de las relaciones amorosas, en el sórdido laberinto de la pareja humana. José Manuel DiBella es, en cambio, el cronista barroco de lo multitudinario, la voz interior que monologa alrededor del amor, la soledad o la muerte. En su libro de cuentos *El artista del asco* (1987), el lenguaje es descriptivo y metafórico, un conglomerado de imágenes que se posesionan del lector a través de un continuo encabalgamiento, de una extrema tensión:

En el Centro de la pista maestro de ceremonias orejas de merolico sonrisas dentífricas da la bienvenida a los parroquianos. Retumba su voz de tenor carrascaloso en las paredes de El Dorado. Su imagen de *tuxedo* gris se multiplica como los conejos en las madrigueras calientes. Bullanguero le solicita a la banda de músicos muy bien arreglados una tonadita introductora a su rosario de chistes. Respuesta de estridencias, ruidos deshomonéneos, una carcajada del alcohol imbécil, risitas por lo bajo ganas de ponerse en el ambiente del líquido sulfuroso a medio templar. Entregado el locutor venido a menos, fotógrafo intermediario de hoteles, tratante disfrazado de carne molida, quiere calentar, medio caliente, a los ciudadanos reunidos en el glorioso opio sabatino. En resumida palabrería barata muy apropiada al lugar y a la fecha, anuncia el momento esperado, la razón de los ojos de musgo bailoteando en paciente ya mero de la primera bailarina, que al compás de un Mancini muy bufonesco, o al ritmo sensualón de una cumbia perez-pradiana, dejará los mínimos restos de un atuendo mínimo en la pista de madera pulida, pedazos de tocino para las hordas vecinas de Pantagruel (DiBella 28).

DiBella coordinará luego los primeros talleres de literatura infantil en Baja California. De tal experiencia surge su libro *La excursión de la pandillita: en busca del coco* (1988), donde imaginación y soltura narrativa se dan la mano para sentar, en

forma metafórica, la lucha que todo niño debe enfrentar contra sus propios fantasmas, para vencerlos y crecer.

Por su parte, Luis Humberto Crosthwaite ha logrado con *Marcela y el rey al fin juntos* (1988) una serie de cuentos donde la realidad imaginaria y la realidad real, lo posible y lo imposible, dejan de estar separados e intercambian sus elementos. El resultado son gozosas, festivas paradojas cuya extrañeza nos impele a leerlas con el mismo placer y malicia con que fueron escritas. Caso distinto es el de Édgar Gómez Castellanos. Su narrativa va desde *Bosquejos* (1982) hasta *Seres perplejos* (1987) y *A un recuerdo de distancia* (1987). Las coordenadas de su creación le deben mucho a la literatura minimalista norteamericana. De ella proviene su lenguaje conciso, visual e introspectivo. En la mayoría de sus textos el erotismo permea la conducta de los personajes involucrados, definiéndolos con precisión y eficacia:

La única forma posible de comprender a una mujer es cuando ya no está con nosotros, o cuando nunca lo estuvo. Así, el tiempo, el silencio, la soledad y todo nos la descubren, nos la entregan. Sólo entonces nos pertenece para siempre. No cuando la felicidad le sale por los labios y nosotros podemos participar en ella; no cuando, acostados, tenemos la seguridad de que duerme a nuestro lado un sueño tranquilo, como de selva; no cuando sus lágrimas se evaporan en la camisa o sonríe por alguna tontería infantil. Entonces deberíamos tener miedo. Deberíamos querer que sus palabras cayeran en lugar de quedarse suspendidas sobre un silencio doloroso. Pero deberíamos tantas cosas de las que por no... luego nos arrepentimos, nos odiamos, nos quedamos callados... y luego resulta que estamos solos y no podemos siquiera comprenderlo del todo... (Gómez Castellanos 90).

En cuanto a otros narradores, la mayor parte ha publicado en las diversas antologías de este género que se han editado hasta la fecha: *Fuera del cardumen* (1982), *Desde el día común* (1987), *Antología de la nueva narrativa bajacaliforniana* (1987) de Ó. Hernández y *Tierra natal* (1907) de Gómez Montero. Por último, es necesario señalar la falta de novelistas locales. Hasta ahora las tentativas en la novela son escasas, y cuando se publica alguna, sus características son más periodísticas que literarias: *Los herederos de Scarmon* (1982) de Arturo Casillas

y *El agua de la presa* (1984) de Tomás Perrín confirman lo antes dicho. La narrativa se halla limitada al relato, a la crónica y al cuento como formas de expresión básicas. La novela, parcial o totalizadora, pero que cuente lo que fuimos, somos y seremos, aún espera su turno.

Ensayo

El ensayo literario es de reciente tradición. Hasta los años setenta sólo se practicaba el ensayo histórico, el socioeconómico y el científico. Pero el literario no se escribía, porque para llevarlo a cabo era necesario que existiera un corpus de obras locales que le diera sustento y espacios editoriales donde pudiera darse a conocer. Únicamente Rubén Vizcaíno y Benito Gómez lo practicaron, en los suplementos culturales de periódicos como *El Mexicano* y *La Voz de la Frontera*, a fines de los sesenta y principios de los setenta, aunque sus textos fueron reseñas de libros o declaraciones de principios más que ensayos propiamente dichos. Los primeros en dar a conocer esta clase de trabajos fueron Patricia Bayardo y Alfonso Gutiérrez. Bayardo publicó *Dos ensayos* (1979) y "En busca de la literatura de Baja California" (1981) en la revista *Entorno*, textos que son pioneros de la autoconciencia literaria regional y primeras reflexiones en torno a la cultura fronteriza. Gutiérrez hizo lo mismo con ensayos sobre la literatura de la época misional, que publicó en distintos números de la revista *Hojas*.

Pero el auge del ensayo se iniciaría años más tarde, con la aparición de *Los caminos venturosos* (1987) de Sergio Gómez Montero. Esta colección de ensayos incluye estudios sobre la obra literaria de Revueltas, Vargas Llosa, Benítez, Stendhal, José Agustín y sobre el lenguaje fronterizo. Visión personal acerca de la literatura como lenguaje e ideología, es la primera *summa* crítica con que contamos. Al mismo tiempo un grupo de jóvenes escritores publican en el suplemento cultural del periódico *abc* y en la revista *Esquina Baja* ensayos relacionados con la literatura bajacaliforniana, buscando ubicar a los autores regionales en su contexto social e histórico e indagando las características formales y temáticas de sus obras. Entre

ellos están Leobardo Saravia Quiroz, Humberto Félix Berumen, Raúl Navejas, etc.

Para fines de los años ochenta surgen los primeros libros de crítica: *La línea: ensayos sobre literatura fronteriza México-norteamericana* de Polkinhorn, Trujillo y Reyes (1988) y *Tres ensayos sobre el ensayo bajacaliforniano* (1988) de Trujillo. Así, el ensayo literario comienza a romper sus limitaciones, que eran, como dijo Sergio Gómez Montero (*Los caminos* 45), "carencia de información, desconocimiento de la materia, resumen burdo, distorsión, mala fe, equivocación del sentido y varias más". Además, la crítica literaria que el ensayo mismo conlleva, ha producido ya polémicas que han roto los esquemas del ninguneo y la maledicencia, sustituyéndolos por el foro abierto y la discusión argumentada y racional, donde las opiniones y los puntos de vista, más que opuestos, son complementarios y conforman uno de los mayores avances de nuestra literatura en el plano de la objetividad, del análisis crítico, del conocimiento integral del mundo.

Conclusiones

Entre las manifestaciones culturales que hoy se dan en Baja California, la literatura ha logrado un lugar preponderante. A partir de la aparición de una nueva generación de escritores jóvenes en los años setenta y ochenta, han proliferado las publicaciones (revistas, libros, antologías) que, en su conjunto, dan cuenta de un extenso movimiento creativo, heterogéneo y disímil en sus formas de encarar el fenómeno literario. En estos autores la realidad fronteriza en que viven es sólo uno de los temas —no el único, no el más importante— que han nombrado como suyos. Lo cierto es que la frontera misma sigue siendo el lugar de paso obligado para un gran número de mexicanos. De ahí que algunos de los principales literatos que hoy escriben en Baja California no hayan nacido en la entidad. De ahí que las obras que han escrito y que han sido apenas esbozadas en este ensayo muestren una diversidad que multiplica, para beneficio de la literatura mexicana, sus resonancias temáticas y formales. En todo caso, la literatura bajacaliforniana actual se

fundamenta en la constancia y creatividad de sus integrantes. Son estos atributos las raíces desde las cuales habrá de crecer la literatura que hable de nosotros mismos, que exprese nuestros valores y creencias en las postrimerías del siglo XX, en los albores del próximo milenio.⁵

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- CASTILLO, ROBERTO. *Blues cola de lagarto*. Mexicali: SEBS-DAC, 1985.
- CUEVA PELAYO, JOSÉ (ed.). *Siete poetas jóvenes de Tijuana*. Tijuana: IBO-CALI, 1974.
- Desde el día común*. Tijuana: Imagen, 1987.
- DIBELLA, JOSÉ MANUEL. *El artista del asco*. Hermosillo: Inéditos, 1984.
- Fuera del cardumen. Antología de una nueva narrativa bajacaliforniana*. Tijuana: Edición del autor, 1982.
- GÓMEZ CASTELLANOS, ÉDGAR. *A un recuerdo de distancia*. México: INBA/SEBS/DAC, 1987.
- GÓMEZ MONTERO, SERGIO. *Los caminos venturosos*. Mexicali: UABC, 1987.
- (ed.). *Tierra natal*. México, INBA/UNAM/ISSSTE, 1987.
- HERNÁNDEZ, ÓSCAR. *Antología de la nueva narrativa bajacaliforniana*. Mexicali: UABC, 1987.
- Panorama histórico de Baja California*. Mexicali: UABC, 1983.
- POLKINHORN, HARRY, JOSÉ MANUEL DIBELLA y SERGIO GÓMEZ MONTERO. *Memoria del primer encuentro de escritores de las Californias*. Mexicali: SDSU/SEBS/DAC, 1987.
- POLKINHORN, HARRY, GABRIEL TRUJILLO MUÑOZ y ROGELIO REYES. *La línea: ensayos sobre literatura fronteriza México-norteamericana*. Mexicali: SDSU/UABC, 1988.
- SEFCHOVICH, SARA. *México: país de ideas, país de novelas. Una sociología de la literatura mexicana*. México: Grijalbo, 1987.
- TRUJILLO MUÑOZ, GABRIEL. *Parvada. Antología de los poetas jóvenes de Baja California*. Mexicali: UABC, 1985.

⁵ Además de las obras citadas, ver Polkinson, DiBella y Gómez Montero 1987 y Valenzuela, Espinoza y Castillo 1987. Puede ser de interés también el *Panorama histórico de Baja California* (1983).

- . *Tres ensayos sobre el ensayo bajacaliforniano*. Mexicali: UABC, 1988.
- VALENZUELA, MANUEL, VÍCTOR ESPINOZA y ROBERTO CASTILLO (eds.). *Y todos tiramos piedras. Antología literaria de Tecate, Baja California*. Tecate: Cuchumá, 1987.